

otro humor, fué brutal, y dejó de medir sus palabras:

¡Ah! ¡sí! el frutero y su mujer... ¡pues bien querido! nunca se han tocado, ¡ni así!... Ella era muy reservada sobre el particular, como puedes comprender. El, el muy bobo, no supo... En tal manera que, creyéndola de nieve, él se enredó con las más perdidas entre las perdidas, las cuales le han llenado de toda especie de suciedades, mientras que ella, por su parte, se resarcía con mocetones más listos que su bobalicón de marido... Y la cosa sucede siempre así, por no entenderse la gente á tiempo. ¡Lo sé por experiencia!

Muffat, pálido, comprendiendo al fin las alusiones, quiso hacerla callar. Pero ella estaba ya fuera de quicio:

—¡No, déjame en paz!... Si vosotros no fueseis tan bestias, seriais tan amables con vuestras mujeres, como nosotras; y si vuestras mujeres no fuesen tan pavas, se tomarían, para conservaros, el trabajo que nosotras para atraparos nos tomamos... ¡Con qué, querido, sórmete ese huevo!

—No habléis de las mujeres honradas,—dijo él con dureza:—¡no las conocéis!

Al oír esto, Naná se irguió sobre sus rodillas:

—¡Qué no las conozco!... ¡Pero ni siquiera son limpias, tus mujeres honradas! ¡No, no son limpias! ¡Te desafío á que me presentes una que se atreva á mostrarse, como estoy yo ahora! ¡Vaya! ¡me haces reír con tus mujeres honradas! No me exasperes, ni me obligues á decirte cosas, de que luego me arrepentiría.

El conde, por única respuesta, masculló sordamente una injuria. A su vez, Naná se puso blanca, de puro pálida: y le contempló algunos instantes, sin hablar. Después, con su voz clara:

—¿Qué harías,—le preguntó,—si tu mujer te engañase?

Muffat hizo un gesto amenazador,

—¡Pues! ¿y si te engañase yo?

—¡Oh! ¡tú!—murmuró él, encogiendo los hombros. Vedaderamente. Naná no tenía mal fondo. Desde las primeras palabras, resistía al deseo de espetarle la verdad lisa y monda.

Hubiera preferido decírselo amistosa y tranquilamente. Pero, al fin, él la exasperaba, y era cosa de acabar.

—Entonces, pequeño,—repuso ella,—no sé qué diablos estás haciendo aquí... Desde hace dos horas me estás abrumando... Vete, vete á buscar á tu mujer, que está engañándote con Fauchery... Sí, precisamente, calle Taitbout, esquina á la calle de Provence... ¡Ya ves que te doy las señas!

Después, triunfante, viendo á Muffat ponerse en pie con la vacilación de un buey aturrido por un golpe de maza:

—¡Si las mujeres honradas se dedican á birlarnos nuestros queridos, buenas están vuestras mujeres honradas!

Mas no puedo proseguir. Con un movimiento terrible, el conde la derribó en tierra, tan larga como era, y; levantando el pie, quería aplastarla la cabeza para hacerla callar. Por un momento, tuvo un miedo atroz. Muffat, ciego, como un loco, se había puesto á correr la habitación.

Entonces, el silencio estrangulado que guardaba, la lucha que le agitaba, la conmovieron hasta hacerle verter lágrimas. Experimentaba un remordimiento mortal. Y, apelotonándose ante el fuego para cocerse el costado derecho, intentó consolarle:

—Te juro, querido mío, que creí que lo sabías. A no ser así, ten la seguridad de que no hubiera hablado de ello... Además, quizás no sea verdad. Yo nada afirmo. Me lo han dicho; la gente charla; pero eso ¿qué prueba?... ¡Vaya! ¡haces mal en encolerizarte! ¡Si yo fuese hombre, maldito el caso que ha-

ría de las mujeres! Las mujeres, tanto las más encopetadas, como las más bajas, todas valen lo mismo, sí, todas son lo mismo.

Hablaba mal de las mujeres; por abnegación, queriendo hacer el golpe menos cruel. Pero él ni la escuchaba, ni la oía. A la vez que planteando, se había vuelto á ponerse sus botines y se levita. Todavía permaneció un momento recorriendo la estancia. Después, en un postrer arranque, tropezando al fin con la puerta, se marchó. Naná quedó confusa.

—¡Ea, buen viaje!—prosiguió diciendo en voz alta. —¡Vaya una finura la de ese hombre, cuando le hablan! He sido la primera en arrepentirme, y he procurado demostrárselo. Además, su presencia me exalta los nervios.

Sin embargo, estaba descontenta, rascándose las piernas con ambas manos. Mas, en seguida, se consoló.

—¡Vaya! ¡No tengo yo la culpa de que sea cornudo!

Y, cocida por todos lados, tostada como una codorniz, corrió á rebufarse en la cama, llamando á Zoé para que hiciese entrar al otro, que estaba de espera en la cocina.

Ya en la calle, Muffat caminó violentamente. Acababa de caer un nuevo chaparrón. Resbalaba sobre el graso empedrado. Alzando la cabeza, con un movimiento maquinal, vió jirones de nubes, color de hollín, que corrían ante la luna.

A aquella hora, en el bulevar Haussmann, los transeúntes eran muy escasos. Bordeó las empalizadas de la Opera, buscando la obscuridad, y tartamudeando frases sin ilación.

Aquella moza mentía; había inventado aquello por estupidez y crueldad. El debió haberle aplastado la cabeza, cuando la tenía bajo su tacón. Al fin y al cabo, era ya demasiado vergüenza; no la volvería á ver, ni á tocar, ó sería preciso que fuese muy co-

barde. Y respiraba profundamente, como el que se ve libre de un ominoso yugo.

¡Ah, aquel monstruo desnudo, estúpido, tostándose como un pato, destilando baba sobre todo lo que él respetaba desde hacía cuarenta años!

La luna se había despejado, y una sábana blanca bañó la desierta calle. Tuvo miedo y estalló en sollozos, repentinamente, desesperado, enloquecido, como si hubiese caído en una sima inmensa.

—¡Dios mío!—balbuceó;—¡se acabó todo; ya nada existe!

A lo largo de los bulevares, las gentes rezagadas aceleraban el paso. Muffat procuró calmarse. La historia de aquella moza revivía siempre en su abrasado cerebro. Hubiera querido razonar los hechos.

Por la mañana, la condesa había de regresar del castillo de la señora de Chezelles. Nada, en efecto, la hubiera impedido volver á París, la víspera por la tarde, y pasar la noche en casa de aquel hombre. Actualmente, recordaba ciertos detalles de su permanencia en las Fondettes. Una tarde, había sorprendido á Sabina, bajo los árboles, tan conmovida, que ni siquiera acertaba á contestarle. El hombre estaba allí.

¿Por qué no había de encontrarse ella en casa de él, ahora? Cuanto más pensaba en ello, más posible se hacía la historia. Acabó por encontrarla natural y necesaria.

Mientras él se ponía en mangas de camisa en casa de una meretriz, su mujer se desnudaba en la alcoba de su querido; nada más sencillo ni más lógico.

Y, razonando de esta suerte, esforzándose en permanecer frío. Era una sensación de caída en la locura de la carne ensanchándose, dominando y arrebatando al mundo en torno suyo.

Perseguiéndole ardientes imágenes. Naná desnuda, bruscamente, evocó á Sabina desnuda. A esta visión, que las reunía en un parentesco de impudicia, bajo un

mismo soplo de deseo, el conde tropezó. En el arroyo, un coche estuvo á punto de aplastarle. Algunas hembras, que salían de un café le codeaban, con sonrisas.

Entonces, dominado de nuevo por las lágrimas, á pesar de su esfuerzo y no queriendo sollozar ante las gentes, se metió en una calle obscura y desierta, la calle Rossini, donde á lo largo de las casas silenciosas, lloró como un niño.

—Se acabó,—decía con voz sorda,—¡ya no existe nada!

Lloraba con tal violencia, que hubo de arrimarse contra una puerta, ocultando el rostro entre sus manos.

Un rumor de pasos le alejó. Sentía una vergüenza, un miedo, que le obligaba á huir ante las gentes, con el inquieto andar de un vagabundo nocturno. Cuando se cruzaba con algún transeunte en la acera, procuraba tomar una apostura desembarazada, imaginando que leían su historia en el balanceo de sus hombros.

Había seguido la calle de la Grange Batelière hasta la del Faubourg Montmartre. El brillo de las luces le sorprendió. Volvió sobre sus pasos.

Por espacio de más de una hora, anduvo recorriendo así el barrio, eligiendo los rincones más sombríos. Tenía, sin duda, un objeto al que sus pies se dirigían por sí mismos, pacientemente, por un camino sin cesar complicado de rodeos.

Finalmente, al volver una calle, levantó los ojos.

Era la esquina de la calle Taitbout y de la calle de Provence.

Había empleado una hora para llegar allá, en la dolorosa tempestad de su cerebro, cuando cinco minutos le hubieran bastado. Recordaba que, una mañana del pasado mes, había subido á casa de Fauchery para darle las gracias por una crónica sobre

el baile de las Tullerías, en que el periodista había hecho mención de su nombre.

La habitación se encontraba en el entresuelo, de pequeñas ventanas cuadradas, casi ocultas tras de la muestra colosal de una tienda. Hacia la izquierda, la última ventana estaba cortada por una faja de viva claridad, un rayo de lámpara que pasaba por las cortinas entreabiertas.

Y quedó con los ojos fijos sobre aquella línea luminosa, absorto, esperando algo.

La luna se había ocultado en un cielo de tinta, del que caía una helada niebla. Dieron las dos, en la Trinité. La calle de Provence y la calle Taitbout se hundían, con las manchas vivas de sus mecheros de gas, que se anegaban á lo lejos en un vapor amarillento. Muffat no se movió. Allí estaba la alcoba; la recordaba: revestida de andrinópolis rojo con una cama Luis XIII en el fondo. La lámpara debía estar á la derecha, sobre la chimenea.

Indudablemente estaban acostados, pues ni una sombra pasaba; la línea de claridad relucía, inmóvil como el reflejo de una lamparilla.

Y él, con los ojos siempre fijos allí, tramaba un plan: llamaba, subía, á pesar de los gritos del portero, derribaba las puertas á empujones y caía sobre ellos, en el lecho, sin dales tiempo siquiera de desenlazar sus brazos. Por un momento, la idea de que no llevaba ninguna arma, le contuvo; después, decidió que los estrangularía.

Acariciaba su plan, lo perfeccionaba, esperando siempre algo, un indicio, para estar cierto. Si en aquel instante se hubiese mostrado una sombra de mujer, habría llamado sin remedio.

Pero, el temor de que tal vez se engañaría, le dejaba helado. ¿Qué diría? Sobrecogíanle nuevas dudas; su mujer no podía estar en casa de aquel hombre; eso era monstruoso, imposible.

Sin embargo, no se movía, dominado poco á po-

co por un entorpecimiento, abandonándose á cierta latitud, en aquella larga espera que la fijeza de su mirada llenaba de alucinaciones.

Cayó otro chaparrón. Como viese que se aproximaban dos municipales, hubo de abandonar el rincón de la puerta donde se había refugiado. Cuando los guardias hubieron desaparecido en la calle de Provence, volvió á su sitio, calado, tiritando.

La faja luminosa continuaba brillando en la ventana. Esta vez, estaba decidido á partir, cuando pasó una sombra. Fué tan rápido esto, que creyó haberse engañado. Pero, sucesivamente, corrieron otras sombras, una verdadera agitación en la alcoba.

El, clavado de nuevo en la acera, experimentaba una sensación indecible de quemazón en el estómago, esperando para comprender, actualmente. Perfiles de brazos y de piernas hufan, una mano enorme viajaba, con una silueta de jofaina. Nada distinguía claramente; sin embargo, le pareció reconocer un peinado de mujer.

Y discutió: diríase que era el peinado de Sabina; únicamente la nuca parecía más gruesa. A la sazón ya no sabía más, ya no podía más. Su estómago le hacía sufrir en tal grado, en una angustia de incertidumbre atroz, que se apretaba contra la puerta para calmarse, con el tiritar de un mendigo.

Después, como quiera que, á pesar de todo, no apartase la vista de aquella ventana, su cólera se fundió en un sueño de moralista: veíase diputado, tomaba la palabra en una asamblea, tronaba contra la relajación, profetizaba catástrofes; y reedificaba el artículo de Fauchery sobre la mosca emponzoñada y se ponía en escena, declarando que no había sociedad posible, con esas costumbres de Bajo Imperio.

Esto le alivió. Pero las sombras habían desaparecido. Y él mirando siempre, esperaba todavía.

Dieron las tres, y después, las cuatro. No podía alejarse. Cuando caía otro chaparrón, se hundía en el

hueco de la puerta, recibiendo en sus piernas las salpicaduras del lodo. Nadie pasaba ya.

De vez en cuando, sus ojos se cerraban, como abrasados por la línea de luz sobre la que se obstinaban, fijamente, con una terquedad imbécil. En dos distintas ocasiones, las sombras volvieron á pasar, repitiendo los mismos gestos, paseando el mismo perfil de gigantesca jofaina; y otras dos veces se restableció la calma, mientras la lámpara proseguía despidiendo su discreto resplandor.

Aquellas sombras aumentaban sus dudas: Por otra parte, una idea repentina acababa de apaciguarle, aplazando el momento de obrar: no tenía que hacer más que esperar á su mujer, á la salida. Fácil le sería reconocer á Sabina. Nada más sencillo; ningún escándalo, y una certidumbre. Para ello bastaba continuar allí.

De todos los sentimientos confusos que le habían agitado, únicamente conservaba á la sazón su sorda necesidad de saber. Pero el tedio le adormecía junto á aquella puerta.

Para distraerse, procuró calcular cuánto tiempo de espera le quedaba. Sabina debía encontrarse en la estación, sobre las nueve. Faltaban aún cuatro horas y media. Estaba lleno de impaciencia; por nada del mundo se hubiera movido de allí, saboreando cierto encanto al pensar que su espera, en la noche, sería eterna.

De repente, la línea luminosa desapareció. Este hecho tan sencillo fué para él una catástrofe inesperada, algo desagradable y perturbador.

Evidentemente, acababan de apagar la lámpara é iban á dormir. A la sazón, esto era muy razonable. Mas él se irritó, porque aquella ventana oscura actualmente ya no le interesaba.

La miró todavía, durante un cuarto de hora. Después, la ventana le fatigó. Y abandonó la puerta y dió algunos pasos por la acera.

Hasta las cinco, se paseó, yendo y viniendo, levantando los ojos de vez en cuando. La ventana continuaba abierta.

A veces, preguntábase si no habría soñado que danzaban sombras en aquellos cristales.

Una fatiga inmensa le atormentaba, una especie de atontamiento en el que se olvidaba de lo que estaba esperando en aquella esquina, tropezando contra las losas, despertando sobresaltado con el helado escalofrío del hombre que no sabe dónde se encuentra. No había nada que valiese la pena de tanta inquietud.

Toda vez que aquel par dormían, era preciso dejarles dormir.

¿Para qué mezclarse en sus asuntos? Estaba muy oscura la noche, nadie sabría aquel suceso jamás. Y entonces, todo en él, hasta su curiosidad, se desvaneció, presa del deseo de acabar de una vez, de buscar algún alivio en cualquier parte.

El frío arreciaba; la calle se le hacía insoportable; por dos veces, se alejó y volvió á acercarse arrastrando los pies, para alejarse de nuevo.

Todo había acabado en el mundo, ¡nada existía! Y bajó hasta el bulevar, y no volvió.

Aquello fué una excursión sombría por las calles. Caminaba lentamente, siempre con paso igual, siguiendo las paredes.

Sus tacones resonaban, y no veía más que su sombra girando, creciendo y chicándose á cada mechero de gas.

Esto le mecía, le ocupaba mecánicamente. Ulteriormente, nunca pudo recordar por donde había pasado: parecía haberse arrastrado durante horas enteras, á la redonda, en un circo. Únicamente conservó un recuerdo muy claro.

Sin poder explicarse cómo, se encontró con el rostro pegado á la verja del Pasaje de los Panoramas, cogiendo los barrotes con ambas manos. No los sacudía;

procuraba, sencillamente, mirar adentro del Pasaje, presa de una emoción que hinchaba su pecho.

Pero nada distinguió; una ola de tinieblas circulaba á lo largo de la galería desierta, y el viento que se engolfaba por la calle de Saint-March le soplabá en la cara una humedad de bodega. Y él, se obstinaba.

Después, despertando de este ensueño, quedó atónito, preguntándose qué buscaba á tales horas, apretado contra aquella verja, con tal pasión, que los barrotes le imprimían su huella en el rostro. Entonces, había vuelto á emprender su marcha, desesperado, preñado de tristeza el corazón, como vendido y solo, en adelante, en medio de toda aquella sombra.

Por fin amaneció, con ese sucio crepúsculo de las noches de invierno, tan melancólico sobre el cenagoso empedrado de París.

Muffat había vuelto á la ancha calle en construcción, que rodeaban las empalizadas del nuevo Teatro de la Opera. Empapado por los aguaceros, hundido por los carromatos, el suelo gredoso se había transformado en un lago de lodo.

Y sin mirar donde ponía los pies, el conde seguía andando siempre, resbalando casi á cada paso, y encontrando instintivamente puntos de más firme terreno.

El despertar de París, las brigadas de barrenderos y los primeros grupos de obreros, le aportaban una nueva turbación, á medida que el día iba avanzando.

Le miraban con sorpresa, al verle con el sombrero chorreando agua, lleno de lodo, azorado. Por largo rato, se refugió junto á las empalizadas, entre los andamiajes. En su triste vacío, sólo una idea le quedaba: la de que era muy miserable.

Entonces, pensó en Dios. Esta idea brusca de un auxilio divino, de un consuelo sobrehumano, le sorprendió como una cosa inesperada y singular; despertaba en él la imagen del señor Venot; veía su pequeña y rechoncha figura y sus dientes cariados.

Ciertamente, el señor Venot, á quien tenía desolado

desde hacía meses evitando verle, quedaría muy contento si iba á llamar á su puerta, para llorar entre sus brazos.

En otros tiempos, Dios le concedía sus misericordias.

Al menor pesar, al menor obstáculo que embarazase su existencia, entraba en una iglesia, se arrojaba y humillaba su pequeñez ante la soberana omnipotencia; y salía fortalecido por la oración, dispuesto al abandono de los bienes de este mundo, con el único deseo de la eternidad de su salvación.

Empero, actualmente no practicaba ya, sino con intermitencia, en las horas en que el terror del infierno volvía á dominarle; estaba invadido por toda especie de molicias, Naná perturbaba sus deberes. Y la idea de Dios le asombraba.

¿Por qué no había pensado en Dios inmediatamente, en esta espantosa crisis, donde cruja y se abismaba su débil humanidad?

Sin embargo, con su ardor penoso, buscó una iglesia. Estaba desorientado; la hora matinal le hacía confundir las calles.

Después, al volver una esquina de la calle de la Calzada de Antin, vislumbró, en el extremo, la Trinité, una torre vaga, que se fundía en la bruma.

Las estatuas blancas, dominando el jardín desnudo, parecían Venus friolentas, entre las hojas amarillentas de un parquee.

Bajo el pórtico, respiró un instante, fatigado por la subida de la ancha gradería. Después, entró.

La iglesia estaba muy fría, con su calorífero apagado desde la víspera, y sus altas bóvedas llenas de una fina niebla, que se había infiltrado á través de las vidrieras.

Una sombra anegaba la nave; no había allí ni un alma; solamente se oía, en el fondo de aquella obscuridad lóbrega, un ruido de chancletas, algún bedel

que arrastraba los pies con el mal humor del despertar.

El conde, sin embargo, después de tropezar en una desbandada de sillas, perdido, preñado de lágrimas el corazón, había caído de rodillas junto á la verja de una capillita, al lado de la pila de agua bendita; había juntado las manos y buscaba oraciones, aspirando todo su sér á entregarse en un fervoroso arrebato.

Pero, sólo sus labios tartamudeaban las preces; su espíritu huía siempre, volvía afuera, emprendiendo de nuevo el camino á lo largo de la calle, sin tregua, sin descanso, como obediente al látigo de una necesidad. Y repetía:

—¡Oh, Dios mío! ¡venid en mi auxilio! ¡Oh, Dios mío! ¡no abandonéis á vuestra criatura, que se encomienda á vuestra justicia! ¡Oh, Dios mío! ¡yo os adoro! ¡no me dejéis perecer á los golpes de vuestros enemigos!

Mas nada le contestaba; la sombra y el frío caían sobre sus hombros, el ruido de chancletas, á lo lejos, continuaba y le impedía orar.

No oía más que este ruido constante en la desierta iglesia, donde ni siquiera se había practicado el matinal barrido, predecesor de la pequeña animación de las primeras misas.

Entonces, apoyándose en una silla, se levantó, cruzándole las rodillas. Dios no estaba allí todavía.

¿Para qué ir á llorar entre los brazos del señor Venot? ¿Qué remedio podía darle?

Y, maquinalmente, volvió á casa de Naná.

En la calle, habiendo dado un resbalón, sintió que las lágrimas acudían á sus ojos, sin cólera contra la suerte, simplemente débil y enfermo.

Al fin, estaba demasiado cansado, había recibido demasiada lluvia, sufría demasiado frío.

La idea de volver á su palacio de la calle Miromesnil le dajaba helado.

En la casa de Naná, la puerta de la calle no estaba abierta, y hubo de esperar á que se presentara el portero. Subiendo, sonreía, penetrado ya por el calor voluptuoso de aquel nido, donde iba á poder acostarse y dormir.

Al abrirle, Zoé hizo un gesto de estupefacción é inquietud.

La señora, atacada de una abominable jaqueca, no había podido pegar los ojos.

De todos modos, iba á ver si la señora estaba dormida. Y se deslizó en la alcoba, mientras que el conde caía en una butaca del salón.

Pero, casi al momento, apareció Naná.

Acababa de saltar del lecho, sin tiempo apenas para ponerse unas enaguas, los pies desnudos, suelto el cabello, arrugada y desgarrada la camisa, en el desorden de una noche de amor.

—¡Cómo! ¡otra vez!—gritó, roja de irritación.

Había acudido, bajo el látigo de la cólera, para plantarle ella misma de patitas en la calle. Mas al verle tan miserable, tan acabado, sintió un último arranque de compasión.

—¡Vaya! ¡estás hecho una lástima, pobre ratoncito mío!—añadió con más dulzura.—¿Qué ocurre? ¿Los has atrapado? ¿Te has dado un mal rato?

El conde no respondía; tenía el aire de una bestia abatida. Sin embargo, ella comprendió que continuaba careciendo de pruebas; y, para darle ánimo:

—¡Ya lo ves, me equivocaba! ¡Tu mujer es honrada, palabra de honor! Ahora, pequeño mío, vas á volverte á tu casa y acostarte, que bien lo necesitas.

El no se movía.

—¡Ea, vete! No puedo tenerte aquí... ¿Supongo que no tendrás la pretensión de quedarte, á estas horas?

—Sí, acostémonos,—balbuceó.

Ella reprimió un gesto de violencia. La paciencia se le acababa. ¿Acaso el conde se había vuelto idiota?

—¡Ea, vete!—dijo por vez segunda.

—No.

Entonces ella estalló, exasperada, sublevada:

—¡Pero esto es asqueroso!... ¿No comprendes que estoy harta de ti? Ve á encontrar á la mujer, que te ha hecho cornudo... Sí, sí, te ha hecho cornudo; soy quien lo dice ahora... ¡Vaya! ¿Estás enterado? ¿Acabarás de molestarme?

Los ojos de Muffat se llenaron de lágrimas. Y, juntando las manos, repitió:

—Acostémonos.

Aquí, Naná perdió la cabeza, sofocada á su vez por sollozos convulsivos. ¡Se abusaba de ella, al fin! ¿Por ventura le importaba algo aquellas historias? Ciertamente, había empleado todos los miramientos posibles para enterarle, movida por su buen fondo. ¡Y ahora pretendía hacerle pagar los platos rotos!

—¡No tal; que no! Ella tenía buen corazón; pero no tanto.

—¡Voto á! ¡ya estoy harta!—blasfemaba, descargando puñetazos sobre los muebles.—¡Vaya! ¡y yo me descrismaba, y yo quería ser fiel!... Pero, querido; ¿ignoras que mañana yo sería rica, con sólo decir una palabra?

El levantó la cabeza, sorprendido. Nunca había pensado en esa cuestión de dinero. Y se apresuró á decirle que no tenía más que indicar un deseo, é inmediatamente lo realizaría. Su fortuna entera estaba á su disposición.

—No, es tarde ya,—replicó ella frenéticamente.—Yo amo á los hombres que dan, sin que se les pida... Mira, aunque me dices un millón por una sola vez, me negaría. Se acabó; tengo otra cosa allí... Vete ó no respondo de nada. ¡Haría una barbaridad!

Adelantábase hacia él, amenazadora. Y, en esta exasperación de una buena muchacha sacada de sus sillitas, convencida de su derecho y de su superioridad sobre las honradas gentes que la abrumaban, la puer-

ta se abrió bruscamente y apareció Steiner. Esto fue el colmo. Naná soltó una exclamación terrible:

—¡Voto á! ¡aquí está el otro!

Steiner, aturdido por la violencia de su gritar, se había detenido.

La imprevista presencia de Muffat le contrariaba, pues temía una explicación, ante la que retrocedía desde hacía tres meses. Guiñando los ojos, se balanceaba con aire cohibido, evitando mirar al conde.

Y resollaba, con la faz roja y descompuesta de un hombre que ha corrido todo París para traer una buena noticia y que se siente caer, de pronto, en medio de una catástrofe.

—¿Qué quieres tú?—preguntó rudamente Naná, tuteándole, sin hacer caso del conde.

—Yo... yo...—tartamudeó él.—¡Vengo á daros lo que sabéis!

—¿Qué?

Steiner vacilaba. La antevíspera, ella le había indicado que si no le proporcionaba mil francos para atender á cierto pagaré, no volvería á recibirle más. Desde hacía dos días los andaba buscando. Finalmente, acababa de completar la suma aquella mañana.

—Los mil francos,—dijo por fin, sacando de su bolsillo un sobre.

Naná había olvidado esta comisión.

—¡Los mil francos!—gritó.—¿Acaso pido yo limosna?... ¡Toma! ¡Mira el caso que hago de tus mil francos!

Y, agarrando el sobre, se lo arrojó á la cara. El, como judío prudente, lo recogió, con pena. Contemplaba á la joven, atontado. Muffat cambió con él una mirada de desesperación, en tanto que ella se ponía en jarras, para gritar más fuerte:

—¡Ea! ¿acabaréis de insultarme? Estoy muy satisfecha de que también hayas venido tú, porque así, la limpia va á ser completa... ¡Vamos! ¡arre! ¡largo de aquí!

Después, viendo que no se movían casi, paralizados:

—¿Eh? ¿decís que hago una necedad? ¡es posible! Pero me habéis fastidiado de sobra... ¡Basta al fin! ¡ya estoy harta de «chic!» Así, si reviento, será por mi gusto.

Ellos querían calmarla, con súplicas.

—A la una, á las dos; ¿no queréis largaros? ¡Pues bien! Mirad. ¡Tengo compañía!

Entonces, los dos hombres, en medio del descompuerto lecho, percibieron á Fontan. Este, que no esperaba ser exhibido de aquel modo, tenía las piernas al aire y la camisa remangada, y se revolcaba, como un chivo, entre los arrugados encajes, con su negro cutis.

Por lo demás, no se turbó, habituado como estaba á las sorpresas del escenario.

Después del primer sacudimiento de sobresalto, encontró un juego de fisonomía para salir del lance con honra, é imitó el conejo, como decía, alargando la boca y frunciendo la nariz, alternativamente, con movimientos del hocico entero. Su faz de truhanesco fauno, sudaba el vicio.

Fontan era á quien, desde hacía ocho días, iba á buscar Naná á Variedades, tocada de ese capricho frenético de las muchachas de vida alegre, por la gesticuladora fealdad de los cómicos.

—¡Miradle!—dijo al mostrarle, con un gesto de actriz trágica.

Muffat, que lo había aceptado todo, se indignó ante esta afrenta:

—¡Putá!—tartamudeó.

Pero Naná, ya en la alcoba, volvió sobre sus pasos, para decir la última palabra:

—¡Putá, sí! ¿Y tu mujer?

Y al irse cerrando la puerta, con un furioso golpe, corrió ruidosamente el cerrojo. Los dos hombres, ya

Mas no les atropelló; les habló de una manera muy razonable. Como persona sensata, encontraba un poco fuerte la necedad de la señora. Sin embargo, la defendía: el capricho por el comiquillo no duraría mucho; había que dejarle pasar aquel frenesí.

Los dos hombres se retiraron. No habían pronunciado una palabra. En la acera, conmovidos por cierta fraternidad, cambiaron un silencio apretón de manos; y volviéndose la espalda, se alejaron cada uno por su lado.

Cuando Muffat entró, por fin, en su palacio de la calle Miromesnil, su mujer llegaba, precisamente. Los dos se encontraron en la vasta escalera, cuyas sombrías paredes dejaban caer un helado escalofrío. Levantaron los ojos, y se vieron. El conde tenía aún su traje lleno de lodo y su azorada palidez del hombre que sale de los brazos del vicio. La condesa, como molida por una noche de ferrocarril, se dormía en pie, despeinada y ojerosa.

VIII

La escena pasa en la calle Verón, en Montmartre, en una pequeña habitación del piso cuarto.

Naná y Fontan habían invitado á unos amigos para celebrar la noche de Reyes. Hacía sólo tres días que estaban instalados allí.

Esto se había efectuado bruscamente, sin idea preconcebida de vivir juntos, en los primeros ardores de su luna de miel. El día siguiente á su colérico arranque, cuando hubo plantado tan frescamente á la puerta al conde y al banquero, sintió Naná que todo se desmoronaba en torno suyo.

Con una mirada se hizo cargo de la situación: los acreedores iban á caer en su antecámara, á meterse en sus placeres sentimentales, á hablar de venderlo todo, sino era más juiciosa; aquello sería un sin fin de querellas, de terquedades interminables para dis-

putarle sus cuatro frastos. Y prefirió abandonarlo todo.

En dos días vendió todo cuanto pudo sacar: dijes, alhajas, y desapareció con una docena de miles de francos, sin decir una palabra á la portera; un chafuzón, una fuga, sin dejar huella. Así, los hombres no vendrían ya á colgarse á sus faldas.

Fontan fué muy galante. A nada se opuso; la dejó obrar á su antojo. Hasta se portó, absolutamente, como buen camarada. Por su parte, tenía siete mil francos, que consintió en juntar con los diez mil de la moza, aun cuando le tachaban de avaricia. Este les pareció un fondo sólido para establecerse.

Y partieron de allí, gastando cada uno por su lado del capital común, alquilando y amueblando las dos piezas de la calle Verón, compartiéndolo todo, como buenos amigos. Al principio, aquello fué verdaderamente delicioso.

La víspera de Reyes, la señora Lerat fué la primera en llegar, junto con Luisito.

Como Fontan no había regresado aún, permitiése la tía expresar ciertos temores, pues temblaba al ver á su sobrina renunciar á la fortuna.

—¡Ah, tía! ¡si le amo tanto!—gritó Naná, juntando con gracioso ademán las manos sobre el pecho. Estas palabras produjeron un efecto extraordinario en la señora Lerat.

Sus ojos se humedecieron.

—¡Es verdad!—dijo con aire de convicción;—el amor ante todo.

Y se deshizo en alabanzas sobre la hermosura de la nueva casa.

Naná le hizo visitar la alcoba, el comedor y hasta la cocina.

¡Caramba! no sobraban habitaciones, pero habían retocado las pinturas y cambiado el papel, y el sol petrificaba allí jovialmente.

Entonces, la señora Lerat retuvo á Naná en la alcoba, mientras que Luisito se refugiaba en la cocina